





# LA PERDIZ DE ORO



José Antonio Borrás

# LA PERDIZ DE ORO



Primera edición: octubre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Antonio Borrás Delgado

ISBN: 978-84-17362-68-3

ISBN digital: 978-84-17362-69-0

Depósito legal: M-14281-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Quiero dedicarte esta novela a ti, que te enamoraste desde  
el primer momento de Rodrigo y Martín y ellos, me consta, que  
también lo han becho de ti.  
Para Charo Cutillas, con todo mi agradecimiento y cariño.*

*José Antonio Borrás Delgado.*



# PRIMERA PARTE:

## LA PERDIZ DE ORO

### Capítulo I

En la meseta manchega, más cerca de Madrid que de Toledo, estaba la posada conocida como *La Perdiz de Oro*. Debía el nombre a sus perdices escabechadas, cocinadas con judías blancas, a la razón su plato estrella.

Al olor de los buenos guisos y de sus guapas camareras, acudían caballeros de Madrid o Toledo; y en una ocasión, hasta el rey fue a probarlos. Su majestad no llegó a bajarse de su carroza, pues hasta ella llevaron una fuente de perdices, partiendo poco después sin ruidos ni aspavientos, con la sola escolta de su secretario y cochero, no sin antes felicitar a Oricia, la mujer del posadero.

La noticia corrió como la pólvora por todo el camino, en ambas direcciones, pues una visita así no podían dejar de publicarla ni los dueños, ni los clientes, y todos se ufanaban de haber coincidido con el rey, aunque sólo unos pocos tuvieron tal privilegio.

Sebastián, el posadero, era un hombre gordo como un tonel y poco más alto que éstos. Su cabeza parecía pegada directamente sobre los hombros, ocultos por el peso de la testa. Carirredondo y sin afeitarse, su aspecto más recordaba a un carbonero, que al regente de

la concurrida posada. Vestía camisa de lienzo, que alguna vez fue blanca, y ahora presentaba un color incierto. Un delantal aderezado sobre sus calzas marrones, completaban su descuidado aspecto.

Sebastián se encontraba, en su medio natural metido en la cocina. Con varios fogones encendidos a todas horas y, sobre ellos, sartenes quemadas por el mucho uso y la poca limpieza, siempre dispuestas a recibir unos huevos y unas magras de jamón, torreznos, morcillas, chorizos, lomo de orza y otros productos de la matanza, listos para caer en el aceite hirviendo, para servir comidas sencillas, pero sabrosas.

Por una pequeña puerta situada en el rincón de entrada, se accedía a la alacena, sin apenas iluminación natural. Un pequeño cubículo, que sólo permitía el paso, sin tener que doblarse, del posadero. Sebastián, ante la cocina y la despensa, se sentía orgulloso, eran sus dominios, su reino.

En esta bodega almacenaba los alimentos bien conservados, pues los muros median más de tres codos de espesor. En el centro de la habitación, se encontraba situado el pozo de la nieve, que se llenaba de nieve en invierno, y al compactarse con un pisón de madera, formaba un bloque de hielo de extraordinarias dimensiones. El hielo duraba de un invierno a otro, así se conseguían limonadas o refrescos fríos en verano y una temperatura gélida durante todo el año en la despensa.

No faltaban ollas de barro de cuatro y cinco arrobas, donde se guardaban en aceite de oliva, los embutidos de la matanza: chorizos, blancos y rojos, buenas tajadas de lomo, así como artesas de madera con morcillas patateras.

Queseras de barro con los quesos manchegos en aceite, pisto, asadillo, aceitunas guisadas; las arcas guardaban el pan y los dulces, rosquillos fritos, magdalenas, y tortas de chicharrones, que de este modo duraban varios días sin ponerse duros.

Los dornillos, llenos de tocino, cabezones, cortezas y espinazos de cerdo, puestos en sal; de allí se sacaban las porciones para acompañar judías y cocidos.

Las zafras rebosantes de aceite de oliva, en un rincón. En otro, cortado con maderas, se amontonaban las patatas, indispensables en todos los tiempos, desde que Colón las trajera de sus viajes.

Abundaban los costales llenos de diferentes legumbres: garbanzos, lentejas, judías, habas. Del techo colgaban ristras de ajos, manojos de cebollas, hinojo, romero, orégano, laurel y otras hierbas aromáticas.

Aquella mezcolanza de aromas eran capaces de quitar el apetito sin probar bocado y, desde luego, era el tesoro de la posada, por lo que Sebastián no confiaba la llave de su despensa ni a su mujer.

Oricia se casó con Sebastián, no por amor, que los tiempos no daban para romanticismos. Lo hizo porque se tenía que casar. Él no era buen mozo, pero sí trabajador y honrado. Con su cuerpo, poco agraciado, no era de los que irían buscando líos de faldas, ni correrías de vino, y eso a Oricia le importó más que la buena planta.

Los hombres que tienen un buen ver en la juventud, son de belleza tan efímera, que el cambio que se produce en ellos en poco tiempo hace que reconozcas cada mañana el horror en que se ha convertido el joven galán. Si es normal tirando a feo, ese cambio no es notable, incluso con el paso de los años van ganando, y no es que se tornen guapos, mas sí aceptables. Esta lección de vida que le dio su madre a Oricia, pesó en la elección de Sebastián como marido, que por lo demás era buena persona, amable, la respetaba, tratándola con un cariño apacible, propio de los matrimonios de conveniencia. No la maltrataba, como era habitual en aquella época, y la mujer se vio colmada con dos hijos: Isidro, Álvaro, y una hija, Marta.

Sebastián aprendió el oficio de su abuelo y de su madre; de su padre no aprendió casi nada, pues fue toda su vida un borracho empedernido, que sólo sabía darle palizas a su mujer. Cuando ésta terminaba rendida de trabajar, si le recriminaba lo vago que era y lo poco que ayudaba, o si se le ocurría echarle en cara que no había hecho nada en todo el día, solo beber, el marido le contestaba a

«cinturonazos», con tanto brío, que alguno se escapaba sobre los criados que querían poner paz y sobre el joven Sebastián. Esa fue la costumbre durante los años de su niñez.

Un día su madre, cansada de tanto palo gratuito, cerró un trato con unos gitanos de paso por la posada. Les llenó la carreta de víveres, unos pellejos de vino y una bolsa de oro. Su marido se fue con ellos y nunca más se supo de él. Jamás regreso ni dio noticias de su paradero, aunque cierto es que cuando lo metieron en el carro, llevaba manos y pies atados, la boca amordazada y un costal en la cabeza.

Así fue como llegó la calma, y madre e hijo pudieron seguir con sus vidas, tranquilas y felizmente, dando de comer a cuanto caminante tenía a bien parar en su negocio.

La madre de Sebastián era de armas tomar, alta, fuerte, acostumbrada al trabajo duro y a contender con borrachos y penden-cieros. Nadie diría cómo aquella vigorosa mujer pudo aguantar las palizas y empujones que le daba el petimetre de su marido.

La posada era un no parar, bregar con los criados, sobre todo con los clientes, que querían comer, beber y fornicar con sus chicas, a ser posible, sin pagar, cuando no robando lo que podían. Una lucha diaria en la que la posadera se empleaba a fondo.

La fonda ofrecía cama a los viajeros que lo requerían. Tenía unos cuartos en la planta alta, con buenas camas, colchones rellenos de paja, que se cambiaba cada temporada, sábanas limpias, que no se dejaban puestas para más de veinte o veinticinco clientes, según se vieran de sucios los ocupantes; un aguamanil en un rincón, el orinal bajo la cama y una silla, era todo el mobiliario de los aposentos. En cambio, en las reservadas a los clientes nobles, se cambiaban las sábanas después de cada uso; la cama era de madera con baldaquín, con colchón de lana y cortinas que se cerraban, para preservar la intimidad. Estaban provistas de una mesa, cuatro sillas, la chimenea encendida, un camastro para el ayudante, un biombo que escondía el sillón de las defecaciones y un barreño, por si gustaban darse un baño antes de dormir o de iniciar sus juegos con alguna de las mozas que para el uso tenía la posada.

No es que fuera era una mancebía, pero siempre había algunas mujeres de moral relajada y estómago hambriento, —el suyo o el de sus muchos hijos—, dispuestas a calmar las necesidades de los clientes por unas pocas monedas. Estos servicios eran muy comunes en la época. Los caminantes pasaban largas jornadas de un lugar a otro, a pie, a caballo o a carro, los menos en carroza, cuando llegaban unos y otros al lugar de descanso, todos necesitaban tres cosas: comida, bebida y cama, si era posible con compañía, que la soledad y los apetitos no hacen distinción de clases. Nobles, mendigos, caballeros y prelados, por igual, querían disfrutar y no pagar.

Se comentó por los aledaños que Herminia, la madre de Sebastián, era una mujer joven cuando su marido se escapó con otra, por lo que ella pensó que cargada de trabajo, sola y con un niño de apenas cinco años, lo mejor sería buscar un hombre que defendiera su honor y su casa. Esperó el momento oportuno, y aunque lo intentó en varias ocasiones, ninguna llegó a buen puerto, pues a menudo se encontraba con rufianes, a quienes les atraía más el negocio que ella misma.

La mujer, sin nadie que la protegiera, sólo tenía a los criados, que eran los únicos que la defendían de los que llegaban con ganas de abusar de cuanto poseía. Cierto es que de vez en cuando se dejaba hacer, pues se sentía sola, con el niño y el negocio a costas, para darse cuenta enseguida que ninguno era apropiado para satisfacer sus deseos, ni en la cama, ni en lo que se refería a la marcha de la posada. El que no maltrataba al niño, la maltrataba a ella, o lo hacía con los dos, pues la abundancia de vino y oro los volvía haraganes y pendencieros. Así, uno tras otro, se sucedieron muchos fracasos para la desamparada madre.

Llegó a intentarlo con el vicario de Santa María la Mayor, y pese a que era un hombre de iglesia acostumbrado a consolar a feligreses atribulados, tampoco fue capaz de rescatarla de su soledad.

Algunas veces se acordaba del marido, que al menos sólo tenía ojos para ella y sabía montarla como un auténtico hombre, los

demás, en cuanto pasaban unas semanas, con ser el nuevo amo, estaban cabestreando a todas las empleadas de la casa.

Con este entorno en su infancia, Sebastián estaba endurecido en penosas batallas; y los contratiempos que su madre padeció, eran similares a los que ahora soportaba él.

La hostería era una edificación grande, con treinta mesas de pino, taburetes, algunas sillas y serijos de enea con el asiento cubierto con piel de conejo. La gran chimenea daba un aire hogareño al comedor. Algunas ristras de pimientos secos, pellejos de vino decoraban las paredes. Pucheros de barro sujetos por la tranca, hervían continuamente al fuego.

En el patio había un pozo con brocal de una sola pieza de piedra, un caldero de hierro y las rebañaderas, además también contaba con una pila donde abrevar los animales, junto a monturas, albardas, colleras, arreos y aparejos de las caballerías.

Las habitaciones se encontraban en la segunda planta, con acceso directo desde el patio.

En el fondo, se encontraban las cuadras, con capacidad para veinte cabalgaduras y encima, el pajar, con abundancia de heno, paja, cebada y agua; un buen sitio para el descanso de los animales. Del mantenimiento de las caballerías, se encargaba Rodrigo, un joven mozo de edad incierta, pues él nunca supo el día que nació, ni falta que le hacía, ya que no pensaba salir de aquel lugar, donde tenía un buen lecho de paja y comida de sobra. Tampoco le faltaban visitas de las mujeres de la casa y de algunas pasajeras, que al verle no querían dejar pasar la ocasión, como forma de llevarse un buen recuerdo del viaje. Algunas de estas damas se llevaron algo más que el recuerdo, que tiempo después tenían que entregar en conventos y hospicios.

Rodrigo, a su corta edad, pues no parecía tener más de diecisiete años, era un semental como el mejor de los garañones que dormían en el establo; tanto es así, que algunas viajeras repostaban con demasiada regularidad, haciendo alto en el camino para que sus caballos descansaran en las cuadras y, de paso, el zagal les diera a ellas una cabalgada.

Los amos no se entrometían en sus andanzas, por otro lado nada arriesgadas, pues llegó siendo un niño y a fuerza de verlo todos los días, le tomaron apego. Recibió alguna regañina, pero nunca fueron golpes, ni grandes palizas.

Aquella tarde, casi anocheciendo, se presentaron tres viajeros que montaban buenos corceles y su apariencia era la de dos nobles con su ayudante. Entre los dos principales no había mucha distinción: sus ropajes parecían idénticos, sus calzas de terciopelo, rojo uno, azul el otro, los jubones ricamente bordados y acuchillados con sus encajes, las botas de piel, las espuelas de plata; su forma de hablar similar en todo, el trato sin condescendencia del uno al otro. Podían ser dos hermanos y un escudero, éste también vestido pulcramente. Pidieron fonda y comida. Rodrigo, con el que sin duda era el lacayo, se hizo cargo de las monturas. El mozo los tendría cuidados y vigilados, por algo dormía en la cuadra, para que no le ocurriera nada a los caballos de los huéspedes, que ladrones había en todo lugar, y aquellos animales, con sus vistosos arreos, eran una tentación para cualquier alma del diablo.

Los recién llegados señores ya estaban tomando una jarra de vino de la mejor calidad que había en los toneles. El posadero sabía distinguir entre los que podían pagar un precio u otro. Estos dos parecían nobles adinerados; jóvenes de unos treinta años, que quizás fueran príncipes o duques, no sería la primera vez que parara en la posada un príncipe, que por su venta pasaba gente de la más importante que viajaba de Madrid a Sevilla —se ufanaba el posadero para sus adentros.

En una ocasión, se detuvo el conde de la Veracruz, consejero de su majestad y ministro plenipotenciario del reino, que no se bajó de la carroza, de la que tiraban seis espléndidos caballos; pidió que le acercaran un refrigerio y se quedó sorprendido al tomar una limonada tan fría como aquella, en pleno mes de agosto. El Conde se marchó encantado, no pagó la cuenta, tampoco se la reclamaron, pues el que parase allí tan principal personaje, era una noticia

que correría de boca en boca y no tenía precio que tan notable cargo tuviera a bien hacerles aquel honor.

No se sorprendían fácilmente los posaderos de la alcurnia de sus clientes, pues estaban acostumbrados a lo más selecto de la nobleza. Los mandatarios de la iglesia, muy asiduos algunos de ellos, prelados y hombres de Dios, no dejaban pasar oportunidad de catar los buenos guisos y asados, regados con el tinto, y para la siesta, una buena moza, mejor que una mala, todo por caridad cristiana.

Sus señorías pidieron de cenar un cochinillo con patatas panaderas, otra jarra de vino y una hogaza de pan blanco. El lacayo se acomodó en un rincón, dejando solos a sus supuestos amos; su cena fue algo más ligera, tan solo un trozo de queso y unos huevos fritos con un poco de pisto, vino y pan de centeno.

En esos momentos, la posada estaba llena, no cabía un piojo más, ni se disponía de ninguna habitación libre. Estaban esperando al arzobispo, y para él estaba reservada la mejor estancia. Unas horas antes había llegado su asistente para tener preparada la alcoba, tal como le gustaba a su eminencia: la chimenea encendida, el colchón bien mullido, las sábanas recién puestas, agua hirviendo para su baño y una cena a base de capón con higos y almendras.

Una moza se había bañado con agua fría y jabón hecho en la casa, el mejor para el cuerpo. La muchacha se cambió de ropa, la espulgaron lo mejor que sabían, no se perfumó porque al prelado le gustaba el olor a hembra, al natural, pero limpia. Su ilustrísima era muy pulcro para esas cosas.

Los nobles, por su parte, querían pernoctar en la posada, pero dado lo llena que ésta se hallaba, lo único que les podían ofrecer era un jergón en el pajar, si bien entendían que no era un sitio adecuado para tan destacados huéspedes.

Pasadas las ocho de la tarde, casi oscureciendo, se divisó el carruaje de Su Eminencia, tirado por cuatro hermosos corceles. Era un personaje algo extravagante, un buen pagador, que jamás regateó la cuenta, de lo que se aprovechaban los posaderos para cobrar lo mejor que podían, aunque sin abusar.

El mozo de cuadras estaba esperando para encargarse de los animales, que esa noche estarían un poco apretados, pues la cuadra estaba como la posada, llena de clientes.

Oricia y Sebastián salieron al patio a recibir al ilustre huésped. Éste apenas les prestó atención, y sólo les dirigió una bendición con un gesto que podía haber sido cualquier otra cosa, como: «Apartaos de mi camino»; pero ellos estaban seguros de que era una bendición, que si hubiesen pensado lo contrario, le habrían subido la tarifa de inmediato.

El arzobispo subió directamente a su cuarto, ordenando que cenaría allí. Quería descansar, porque debía salir muy temprano para la Corte. Su carruaje tenía que estar listo a las seis de la mañana; sin falta tenía que llegar a Madrid a las diez, el Rey lo esperaba.

Sus lacayos se acomodaron en la zona de los criados. Su secretario, el hijo del Marqués de Miraflores, Martín, un joven de veinte años, subió con él al dormitorio; pidieron la cena y agua para el baño, antes de irse a la cama.

—Oricia, quiero que me sirva la cena esa chica pelirroja, la de la última vez, no recuerdo el nombre, ¿cómo era?

—Lucrecia, Eminencia.

—Pues esa, Lucrecia, que sea ella la que nos sirva la cena, y que se quede después.

—Ya está todo dispuesto, pónganse cómodos, que ella subirá ahora mismo.

—No, todavía no, que espere a que terminemos de cenar, tengo que despachar unos asuntos con el padre Martín.

—Como mande su paternidad.

Subieron al dormitorio, se quitaron las capas y las botas, el olor que se extendió por el recinto era nauseabundo. A Su Eminencia le olían los pies horriblemente. A los pocos minutos el joven secretario estaba acostumbrado y no notaba nada. Se acercaron a la chimenea, arrimaron un pie al fuego, después el otro. Salía vaho de sus medias, haciendo más intenso aquel hedor.

—Cenamos y se marcha su merced. Ya sabéis vos, necesito un par de horas, entreteneos por ahí, no os hagáis notar, no conviene que os vean los otros huéspedes. Id al establo, mirad los caballos, pero dos horas y ni un minuto más.

—Lo sé, Eminencia, iré a charlar con el mozo de cuerdas. Me es simpático y la semana pasada me dejó intrigado con un comentario que no fui capaz de entender, quiero que hoy me lo explique.

—¡Mirad!, ya tenéis la forma de pasar el rato, de paso adoctrinarlo, que está medio salvaje. ¡Qué suciedad, qué olor! Que se lave, por amor de Dios.

Lucrecia tocó la puerta y, sin esperar respuesta, entró con una fuente de barro llena de capón. El olor levantaba el ánimo, y al obispo le levantó otra cosa con solo su presencia. No sabemos si a la vista del capón o de la moza.

Era una joven hermosa, de pelo rojo ensortijado y piel blanca, salpicada de graciosas pecas; no tendría más de veinte años, y pese a tener dos hijos, su aspecto era imponente, con el pecho firme, el cuerpo de carnes prietas y nalgas duras, redondeadas. El obispo no podía centrarse en la cena, embobado con aquella mujer.

El recuerdo de la última vez, no le dejó respirar en toda la semana. Cada vez que pensaba en su triángulo de fuego de aquel color rojo, enloquecía de pasión. Se apretaba más el cilicio, pero ni así se calmaba, teniendo que recurrir a cualquiera de las hermanas que tenía siempre por el palacio a su servicio. Claro que no era lo mismo... esas monjitas eran unas mojígatas. ¡Lucrecia!, ¡Lucrecia!, ella sí sabía complacerlo.

La miraba con ojos de lujuria, pasándose la lengua por los labios, tocando su fino bigote, como relamiéndose de lo que se iba a comer dentro de poco, que comparado con el capón era como maná del cielo, o mejor del infierno, pues sabía que su alma se condenaba, pero hacía tantas obras de caridad, que lo uno por lo otro.

Sus ojillos, como dos bolitas negras, brillaban ante la expectativa de una Lucrecia desnuda en el barreño; él lavándola por todas partes, dándole jabón, aclarando su cuerpo, secándolo; después lo

olería por todos los rincones, lo besaría, contaría todas sus pecas una por una, hasta llegar el momento en que la haría suya.

Lucrecia lo miraba, con sus grandes ojos verdes, la boca entreabierta en una sonrisa enigmática, mientras le servía un vaso de vino, sin dejar de rozarse contra su hombro, pasando una de sus delicadas manos por las del obispo, como si lo rozara un pañuelo de encaje. Se inclinaba hacia adelante, mostrando la juntura de sus pechos. El obispo se estremecía; si seguía así, tan tenso, no llegaría al baño ni a todos los preámbulos que tenía en la cabeza, tan meditados y estudiados durante varios días, y eso no es lo que él quería, tenía que gozar de aquel cuerpo, tenía que poseer a Lucrecia enteramente, necesitaba poseer hasta su alma.

—Eminencia, ¿me puedo retirar? —preguntó Lucrecia con voz afectada.

—¡No! Esperad, ya estamos terminando la cena.

—Termine ya, ¿no tiene que ir a ver los caballos? —le espetó el obispo a Martín.

—Sí, Eminencia, ahora mismo salgo. Creí que teníamos que despachar unos asuntos.

—Mañana, Martín, mañana, hombre de Dios. Ahora márchese, ¿no tiene que hablar con el mozo de cuerdas? Vaya, vaya.

El hijo de los marqueses de Miraflores, el padre Martín, no se estremecía ante las exquisiteces de Lucrecia ni de ninguna otra mujer; sus preferencias estaban en el otro extremo, más en consonancia con la belleza de Rodrigo. A sus veinte años, no había conocido hembra ni varón, aunque sabía muy bien lo que le gustaba, de manera que estaba continuamente tentado por la carne, sobre todo por la de los jóvenes novicios del convento de San Juan, donde tenía su solar; aunque casi todo el día lo pasaba en el palacio arzobispal, junto a Su Eminencia. Su trabajo con el obispo le tenía al tanto de las intrigas que éste urdía para apropiarse con lo que su ambición apetecía, que era mucho; de modo que no había límite que no estuviera dispuesto a traspasar, sin importarle los medios necesarios para apoderarse de haciendas ajenas, que a su

vez repartía con la corona y la iglesia, dos para él, una para ellos. Todo ello con el respaldo del Rey, que creía a pies juntillas todas las patrañas que aquel ruin le presentaba como pruebas irrefutables de los muchos que acusaba de traidores a la corona o a Dios, que para los efectos era lo mismo.

Con semejante carta de presentación, con Dios y el Rey como socios, pocos se le podían enfrentar cara a cara, pues el obispo de Toledo era uno de los personajes más temidos, y el más odiado. Su gran fortuna personal y el respaldo de Roma a su gestión, le otorgaban un poder prácticamente absoluto, y así podía hacer lo que quisiera contra quien su albedrío le indicara. Si ponía el ojo en alguna finca, más valía regalársela de inmediato y tenerlo como amigo, evitando así que se fijara en el resto del patrimonio. El Santo Oficio estaba a su disposición y nadie podía negar, ni defenderse de una acusación que pronunciara el obispo.

La nobleza castellana estaba muy molesta con la corona, que permitía que aquel ladrón levantara calumnias y, bajo falsas acusaciones, mandara al destierro en el mejor de los casos, y al tormento en el peor, a cualquiera que se le pusiera por delante.

Martín fue testigo de muchos atropellos. En su calidad de secretario, colaboró con el obispo, atestiguando ante los tribunales que eran ciertas las acusaciones, pero a todos nos llega nuestro San Martín.

El cura salió de la habitación y se encaminó a los establos, pues sabía que allí estaría el mozo de cuadras, fiel a sus responsabilidades. Se acercó al portón que, entreabierto, dejaba pasar un halo de luz. ¿Estará dormido Rodrigo? —se preguntaba. Empujó un poco más la puerta, prestó atención, escucho unas risas; ni estaba dormido, ni solo, así que se adentró en el establo, deslizándose sigilosamente. No se percataron de su presencia hasta que no estuvo justo delante.

Rodrigo, totalmente desnudo, se movía encima de la paja, como si ésta fuera su amante. ¿Qué hacía así solo? ¿Qué le pasaba al muchacho? Le dio con el pie una pequeña patada para avisarle de su presencia. Rodrigo giró la cabeza, vio al joven cura de pie,

con la sotana, entre las sombras de la noche, que más le pareció un fantasma llegado del más allá, dispuesto a llevárselo consigo al inframundo más oscuro. Dio un salto poniéndose de pie, mientras una figurita como una diminuta sombra se levantó de entre la paja y salió corriendo totalmente desnuda. Era una niña de no más de trece años. Su pequeño cuerpo quedaba totalmente tapado por el del mozo, mucho más grande y robusto, hundido entre la paja.

En un primer momento, el cura no supo qué decir, se quedó perplejo ante la belleza del joven: el pelo negro ondulado caía sobre sus hombros, la blanca piel, los músculos de su cuerpo marcados, como los de un atleta y su miembro, que aunque intentaba tapar con ambas manos, sobresalía por entre los dedos pletórico de gloria.

Martín lo agarró de una oreja y tiro de él hasta la puerta del establo; el chico se retorció de dolor, dejó sus partes al aire y se agarró a la mano del cura en un intento de que éste no se quedara la oreja entre los dedos. El Padre lo acercó hasta la pila de abreviar las caballerías.

—¿Qué estabas haciendo? Pecador, ¿fornicando con una niña?

—Yo padre... no, ha sido ella, que ha venido a comprometerme.

—Vos sabéis que no se puede hacer eso hasta que no estéis casado, como manda la Santa Madre Iglesia.

—Padre perdóneme, yo no quería...

—Primero vamos a lavaros, después os voy a confesar.

—Sí, Padre, como diga su merced, pero suélteme la oreja, por lo que más quiera, yo hago lo que me mande vuestra merced.

—Meteos en la pila.

—Padre, ¿en la pila? Hace mucho frío, voy a coger una pulmonía.

—En la pila. Si hace frío, así se os baja esa calentura que traéis.

—No, Padre, si ya se me ha pasado.

Martín no podía creer lo que veía, era más de lo que podía imaginar. La luz de la luna iluminaba la blancura natural de chico,

dándole un aspecto de escultura marmórea, sus músculos tensos de frío... Sintió cómo lo deseaba.

Le volvió a coger de la oreja, Si esta vez no tuvo que retorcerla. Rodrigo dio un salto y se metió en la pila; el cura se puso a frotarle el cuerpo con todas sus energías. La excitación y los nervios le hacían casi arañar al pobre chico. Sólo cuando llegó a sus partes, lo lavó con suavidad, de tal forma que Rodrigo, pese al frío que sentía, reaccionó nuevamente, mientras el clérigo no dejaba de lavarle con rigor.

—Padre ya estoy bien limpio, me estoy helando, deje que me vaya a la cuadra.

Tuvo que repetir varias veces la petición: Martín estaba tan absorto en su limpieza, que no se daba cuenta de nada más. Ya no lavaba, hacia otra cosa que Rodrigo hubiera agradecido en otro momento, pero con aquel frío de primeros de marzo, lo único que quería era meterse entre la paja para calentarse. Dio un salto y salió de la pila, corriendo hacia la caballeriza, temblando descontroladamente. El sacerdote lo seguía de cerca, no iba a permitir que se le escapara. Martín se acercó donde estaba el mozo, se quitó la sotana y se la puso por encima. El chico se dejó hacer; tenía tanto frío, que se hubiera dejado arropar por el diablo con tal de entrar en calor. Sus dientes castañeteaban y la sotana se había mojado, así poco y malo era el remedio.

—Quítatela, pongámosla sobre de la paja, tumbate encima, yo te daré calor. No he debido meterte en la pila, pero lo que has hecho no está bien.

—Padre, perdóneme, lo siento. Son ellas, que vienen a comprometerme.

Rodrigo no opuso resistencia; se dejó abrazar por el cura, que lo oprimió contra sí. Sus manos frotaban el cuerpo limpio del mozo de cuerdas por todas partes, hasta que se quitó su camisola para sentir el contacto directo de la piel del chico contra la suya. Su excitación no podía negarse, el joven notó cómo se había puesto el cura, que ardía de delirio, como si un fuego le consumiera el cuerpo.

—Padre, está ardiendo su merced. Se ha puesto como estaba yo con la Petra, cuando nos pilló hace un rato.

—Hijo, el roce de tu cuerpo me ha puesto en este estado, no te preocupes que soy un hombre de Dios, no tienes nada que temer, lo que pase será una bendición, pues yo soy su fiel servidor.

—A mí se me está pasando el frío con su merced tan calentito abrazándome. Ojalá lo tuviera todas las noches aquí, que algunas paso mucho frío, y no me lo quito ni metiéndome debajo de la paja.

—¿Por eso vienen las chicas a darte calor, para que no pases tanto frío?

—Por eso y por esto, que les gusta mucho. Toque, su merced, Padre, toque si le place.

Los dos jóvenes gozaron durante varias horas de los placeres de la carne, de los que el mozo de cuadras era gran conocedor.

El padre Martín no tenía experiencias carnales, pero con las de su joven amigo se conformó. Éste sabía lo que tenía que hacer y dejó al clérigo satisfecho. Después de colmar sus deseos, se fue a su camastro, el que compartía en la habitación del obispo. Entró sin hacer ruido, la estancia estaba en silencio, sólo unos destellos de las brasas reflejaban alguna luz, suficiente para llegar a su cama. Se tumbó extenuado. ¡Qué manera de gozar! Se lo llevaría a Toledo con él, el chico merecía algo mejor que una cuadra donde dormir y él, en cambio, podía ofrecerle un futuro más prometedor, que el de cuidar caballos ajenos el resto de su vida. Con este pensamiento y el de haber intimado por primera vez con otra persona, se quedó profundamente dormido.

Aún no clareaba el día y unos golpes en la puerta, despertaron a Martín.

—Ya es la hora, Excelencia.

El cura se despezó en su jergón; había dormido como un ángel, ni siquiera había oído los tremendos ronquidos del obispo. Su sueño había sido relajante y dichoso. Se palpó recordando a

Rodrigo, deseando tenerlo allí. Tendría que hacer alguna penitencia por el pecado,

él mismo se la pondría, que para penitencias nadie mejor que uno para saber cuál es el castigo que más le conviene. Decidió repetir la semana siguiente con Rodrigo, y la siguiente. Su mortificación, que encontró justa, sería tener que esperar siete días.

Percibió algo extraño, el obispo también debió terminar cansado, pues normalmente todos los días le despertaba de un puntapié en la espalda, pero hoy no había descornado las cortinas. ¿Estaría Lucrecia todavía con él? Encendió la palmatoria de la mesa, y se acercó a la cama del obispo.

—¿Excelencia, señor obispo? Ya es la hora.

El obispo no contestaba

—¿Habrá salido? Qué raro —pensó.

Otros golpes sonaron en la puerta, y un mozo entró con dos cubos de agua caliente; vertió parte de uno en la palangana y llenó la jarra del aguamanil, fue hacia la chimenea y encendió el fuego.

—¿Habéis visto a Su Excelencia en el patio?

—No, Padre, no lo he visto.

Cuando el fuego estuvo encendido, el mozo salió, llevándose los cubos con el agua del día anterior y el contenido del orinal.

Martín, arrodillado para soplar y avivar el fuego, giró la cabeza hacia la cama del obispo, y vio que desde el colchón goteaba un líquido denso, una mancha oscura extendiéndose por el suelo. Cierta nerviosismo, sin saber qué, se apoderó del cura, el vello se le puso de punta y le ganó un mal presentimiento. Descorrió las cortinas del dosel, quiso gritar, pero la voz no salía de su garganta: el cuadro que tenía delante era aterrador.

El obispo y Lucrecia estaban desnudos. Él, sobre el cuerpo de ella, sus gargantas cercenadas de oreja a oreja, degollados. La cama estaba empapada de sangre. La luz de la palmatoria hacía que aquella imagen se desdibujara en las penumbras.

Los bellos ojos de Lucrecia parecían gritarle algo: «Quitadme este peso de encima, que me está matando», pero no había signos

de vida. Sus pupilas inmóviles eran la mirada de la muerte, fijas en Martín.

El muchacho, atribulado, no sabía qué hacer, donde ir, ni a quién recurrir; se sentó, apoyó la cabeza entre sus manos. Tenía que pensar y rápido: ¿Qué explicaciones tendría que dar de lo sucedido y a quién? Era seguro que cuando llegó ya estaban muertos; de no ser así, le hubiesen matado a él también. ¿Dónde diría que había estado durante las horas que faltó del lado de Su Eminencia? De ningún modo podía contar que había estado en la cuadra retozando con un mozo, aunque ésta era su coartada. ¿Quién de la posada podía querer matar al Obispo? Eso era más complicado. Podía ser cualquiera, tendrían que detener a todos los clientes, porque allí estaba el asesino. Tenía que descubrirlo antes que le aplicaran tormento para que confesara. Él era un niño, no sabía casi nada de la vida y menos de estas cosas. Comenzó a llorar, sus manos temblaban incontrolables. Si su padre estuviera allí, él sabría qué hacer, pero había varias jornadas de distancia. ¿Qué haría su progenitor en un caso así? —se preguntaba aterrorizado.

Por otro lado, el Rey los estaba esperando, no podía dejar de ir a ver a Su Majestad y ponerle en antecedentes de lo ocurrido. Quizás eso fuera lo mejor. El Rey sabría resolver, aunque tendría que contarle la verdad o, al menos, casi toda la verdad. Esto suponía un problema, pues Su Majestad nunca estaba solo, incluso cuando tenía una conversación personal, había varios consejeros presentes, lo más privado eran cinco o seis, entre secretarios y ajenos. Poco tiempo pues necesitaría la corte para saber que el hijo de marqués de Miraflores era un depravado, un desviado, el deshonor de su padre, su vergüenza y oprobio. Sus esperanzas de ir a Roma terminaban esa mañana, en la venta de *La Perdiz de Oro*.

«¿Por qué no me han cortado el cuello a mí también?» —se preguntaba—. «Todo sería más fácil. Después de esta noche, qué mejor forma de terminar. Puedo escapar, irme a Portugal y de allí a Brasil, puedo llevarme a Rodrigo, decir que somos hermanos. Sería creíble, pues no nos llevamos tantos años, y podríamos empezar

una nueva vida. Me acusarían del asesinato, pero mejor eso que la vergüenza pública, de todas formas me acusarán también. Todo ha terminado para mí, tengo que huir, pero ¿cómo?, ¿con qué? No tengo nada, ni caballos, la carroza sería muy lenta y me darían alcance rápidamente. Tendré que esconderme en algún sitio seguro, y de confianza. ¿Dónde? El primer sitio que visitarán será la casa de mi padre, lo detendrán, lo interrogarán por algo que no sabe, ni puede saber. ¡Ay Dios! ¿Qué hago? Si esta es la penitencia por lo de anoche, es demasiado severa. Tú siempre hablas de amor, pues nada malo hicimos, solo amarnos. Eso, mi amo y señor, mi Dios, no se puede condenar tan duramente». Con estos pensamientos, frente al fuego, se debatía el joven clérigo.

El día empezaba a clarear, las primeras luces de la mañana asomaban por el horizonte. Tenía que tomar decisiones rápidas, en vez de andar divagando. Él no había hecho nada, así que no tenía que esconderse, pero si no actuaba, entonces sí parecería el asesino o un colaborador. Estas reflexiones hicieron que comenzara a evaluar el asunto de forma práctica. Tenía la autoridad suficiente para detener a todos los que se le antojara, lo haría en nombre de Su Santidad. Un príncipe de la iglesia acababa de ser asesinado, en aquel momento él era el máximo representante de Roma. Lo primero que tenían que hacer era retirar de allí a la mujer, no se podía dejar ver al Obispo encima de una mujerzuela. Seguramente, había sido cómplice de los asesinos y después éstos, pensándolo mejor, bien por ahorrarse el oro prometido, o por no dejar testigos, también la habían matado, pero esto era una muerte menor, que carecía de importancia en circunstancias tan atroces.

Salió al corredor. En el patio había algunas personas y varios caballos aparejados salían de la cuadra de la mano de Rodrigo. Sus miradas se cruzaron, el mozo le dedicó una amplia y hermosa sonrisa; el cura le devolvió una de terror. Rodrigo no sabía por qué lo miraba así, sería que ya se había arrepentido de la noche pasada, y no quería volver a verlo.

—¡Subid, rápido! —conminó Martín al mozo.

—Cierren las puertas —gritaba ahora Martín—, que no salga nadie de la venta, es una orden de Su Eminencia. Nadie, bajo ningún concepto, o habrá pena de excomuni6n.

Fue lo primero que se le vino a la cabeza, pero surti6 efecto y las puertas se cerraron.

Rodrigo subi6 de dos zancadas, sonreía malévolamente. El cura lo esperaba en el quicio de la puerta.

—¿Qué tal noche ha pasado, Padre?

—La noche ha sido buena, pero el despertar no podía ser peor. ¡Entrad, rápido! Necesito que me ayudéis.

—Claro, Padre, lo que necesite. ¿Quiere otro poco de esto?

—No estoy para esos juegos. Prestad atención, lo que pasó anoche no ha ocurrido, vos y yo no estuvimos juntos; bueno sí, pero no de la forma que estuvimos, ¿me entendi6is?

—¡No, la verdad! ¿Estuvimos o no estuvimos?

—Sí, estuvimos, pero no hicimos lo que hicimos, no lo puede saber nadie, ni aunque os den tormento podéis decir lo que sí hicimos.

—No entiendo nada, ¿cómo voy a decir lo que hicimos? Si se supiera, me echarían de la posada y me tendría que ir del pueblo; su merced y yo sí sabemos lo que hicimos, ¿o ya no quiere acordarse?

—¡Por Dios, Rodrigo! Que no es de eso de lo que estamos hablando; claro que me acuerdo, y no lo olvidaré nunca. Prestad mucha atención, os voy a enseñar algo, creo que así entenderéis mejor. Recordad esto, anoche estuvimos hablando de los santos y de Dios, os confesé vuestros muchos pecados, hablamos de caballos, de la gente que pasaba por la posada, del día que paró el Rey, pero nada más.

—Padre, ¿quién me va a preguntar por lo que hicimos anoche? ¿Qué quiere decir? ¿Nos vio alguien?

—No, esto es mucho peor. ¡Mirad!

El padre Martín recorrió la cortina de la cama. Ante los ojos del joven mozo, se descubrió el terrible cuadro de los cuerpos sin vida de los amantes.

El chico no pudo contener un grito ahogado de miedo. Un vómito súbito salió de su boca. Entendió de golpe todo lo que le quería decir el cura y él sabía lo que se desencadenaría con aquel episodio.

Una vez hacía dos años hubo un robo en la posada. Los alguaciles detuvieron a los criados y a algunos de ellos los azotaron con tal saña, que llevarían el recuerdo sobre sus espaldas por el resto de sus vidas. ¿Qué pasaría ahora? Esto no era un pequeño robo, era algo mucho peor.

Unos golpes en la puerta apremiaban, el cura corrió a abrir. Era Sebastián. El mozo, sentado sobre el camastro, lloraba.

—¿Qué es lo que pasa? Necesito una explicación, Eminencia. ¿Por qué ha dado la orden de cerrar las puertas? Los clientes se tienen que marchar. ¿Ha habido algún robo? ¿Qué ocurre?

—Pase Sebastián, la cosa es más grave que la de un simple hurto.

Enseguida entenderá por qué nadie puede salir de la posada. ¿Esta noche ha salido algún huésped? ¿Ha visto algo sospechoso? Tenemos que interrogar a todos los clientes y los criados, hay que saber quién es cada uno de los viajeros.

—¿Dónde está Su Eminencia? ¿Y vos, qué hacéis? Marchaos a la cuadra. ¿Por qué lloráis? Padre, ¡decidme qué pasa!

—Hijo mío, ojalá lo supiera yo, acercaos. ¡Mirad!

Las cortas piernas del posadero se doblaron, no por su peso, que por esto no se habían doblado nunca; a punto estuvo de perder el conocimiento. Comprendió de inmediato la gravedad del asunto, y no tuvo más remedio que sentarse, conmocionado. Sus manos temblaban, quería decir algo, pero sólo acertaba a balbucear cosas sin sentido.

—Mi... mi... mi posada, la ruina, nadie querrá venir. ¿Qué será de mis hijos? ¿Por qué, por qué?

—Tenemos que hacer algo rápidamente. Debo partir a Madrid, el Rey nos espera esta mañana. Llame a los alguaciles, que interroguen a todos los presentes en la venta, criados y huéspedes, alguno ha tenido que ver algo. Que saquen el cuerpo de Lucrecia, laven al obispo y vístanlo, no es de buen proceder que lo vean en estas condiciones.

—Rodrigo, avisad a los lacayos, preparad nuestro carruaje, partimos ahora mismo.

Salió de la hostería con sus criados, que eran los del obispo, pero que ahora estaban bajo sus órdenes. Por la ventanilla, se despidió de Rodrigo:

—No tengáis miedo, no os pasará nada, y limpiaos la cara, no me gusta veros así. Confíad en mí. Nunca os abandonaré.

El chico, con la manga de la camisa, se limpió los mocos que le caían. Aún gimoteaba un poco, las palabras del cura lo tranquilizaron. Supo que no lo dejaría solo ante lo que se avecinaba.

El cura fue el único que salió del recinto camino de Madrid. Tenía que contarle al Rey lo que había sucedido, y las órdenes que había dado, además tendría que preparar el funeral, comunicar a Roma el fallecimiento y sus causas.

Se sorprendió a sí mismo de su fría reacción, pues tras el primer impacto, había sabido atajar todos los frentes. Controló la situación con firmeza, y todo el mundo reconoció en él a la autoridad.

En la posada, la noticia del asesinato del Obispo corría de boca en boca, los huéspedes querían salir de allí como fuera, sabían que los aguaciles les interrogarían, a saber con qué resultados, pero casi nadie se libraría de una buena paliza. Los métodos eran poco sutiles: a mayor delito, mayor tortura. El caso era conseguir una confesión, daba igual que el reo fuera inocente, lo que importaba era que confesara. Muchos terminaban haciéndolo para librarse del suplicio. Era más corto morir que soportar los tormentos.

Llegaron los aguaciles y, uno a uno, empezaron por identificar a todos los presentes. Todo parecía normal, gente común. Los únicos que destacaban entre todos eran dos caballeros que venían de Sevilla con su escudero, Faustino Mendoza y Hernando Heredia, hijo y sobrino respectivamente del duque de Mendoza y Puerto Real. A estos nobles se les dejó marchar, pues nada hacía sospechar a los aguaciles que tuvieran algo contra el Obispo. Ellos venían de Sevilla, muy lejos de Toledo, habían llegado antes que el prelado a la posada y no coincidieron ni preguntaron por el finado. El resto

se quedaría allí, hasta que se esclareciera todo. El asesino estaba más cerca, tenía que ser alguien de la casa o más próximo al muerto.

Mientras el cura se acercaba a la corte, pensaba en cómo dirigirse a Su Majestad para contarle lo ocurrido. Él no sabía nada, no estaba en el aposento, tendría que inventar una historia para justificar su ausencia de más de cuatro horas. ¿Contaría la presencia de Lucrecia? No, decididamente no lo haría, era un daño sobrevenido, ajeno al mal mayor.

Cuando Su Majestad lo recibió, se sintió muy atolondrado, no sabía qué hacer ni qué decir; no era la primera vez que veía al Rey, pero siempre en segundo plano, como secretario del Obispo. Jamás cruzo una palabra con el monarca que, por su parte, ni se dignaba a mirarlo, y mucho menos a darle los buenos días. Hoy, en cambio, era el protagonista de la reunión y tenía que comunicarle noticias muy desagradables. ¿Por dónde empezar?

—¿Dónde está Su Eminencia? ¿Qué ha pasado para que falte a nuestra cita, enviando a un simple ayudante?

—Majestad, el señor Obispo ha sido... esta noche... ha sido... esta mañana, yo lo vi, estaba... —balbuceaba el cura.

—¿Queréis decir qué ha pasado o creéis que tengo todo el día para aclarar acertijos? Decid de una vez lo que sea.

—Está muerto, Majestad. Fue asesinado.

—¿Cómo, cómo muerto, asesinado? Explicaos.

—Como todas las semanas cuando venimos, hacemos noche en la posada *La Perdiz de Oro*. Anoche, yo salí después de cenar a dar un paseo por el patio de la venta, así le doy tiempo a Su Eminencia para que evacue y se lave; cuando calculo que ha pasado el tiempo necesario, regreso; él normalmente está en la cama, rezamos juntos y nos dormimos.

—Esperad, no prosiga. Tenemos que llamar al Inquisidor Mayor, esto es un crimen que corresponde conocer a la Santa Inquisición.

Su majestad hizo llamar al inquisidor Don Sancho de Mendoza. Lo pusieron al corriente y sus secretarios tomaron buena nota de todo lo que relataba el joven cura.

—Anoche todo fue igual, pero yo me retrasé más de lo normal. Me encontré con un mozo de cuerdas que me pidió confesión, y no podía negarme, no es normal que un chico te pida ayuda para su alma.

—¿Cuánto tiempo tardo en darle el Santo Sacramento al joven?

—No sabría decirle, un rato, quizá dos horas.

—¿Dos horas? Ese joven sin duda es un gran pecador. ¿No sospechó nada, nada le hizo pensar que lo podía estar entreteniéndolo con una absurda retahíla de mentiras para que no fuera a sus aposentos dejando al Obispo solo?

—No, no lo pensé, estoy seguro que el mozo era sincero.

—¿Cómo podéis estar tan seguro de que no era un cómplice?

—Lo estoy. Ese muchacho estaba muy arrepentido de sus pecados. Su forma de confesar, su cara, todo en él me decía que era franco. No había engaño en su mirada, cuando me cogía las manos en clara petición de perdón, lo hacía de una forma tan especial, que no tengo duda que él no tiene nada que ver con lo ocurrido.

—¿Dónde lo confesó? ¿Alguien puede confirmarlo?

—No, creo que no nos vio nadie. Estábamos en la cuadra.

—¿Su Merced se metió en una cuadra a confesar a un joven que le pedía perdón sujetándole las manos? Padre, ¿estáis seguro que fue así? Empezad de nuevo porque algo se les escapa. Pensad bien, pues si no dice la verdad, el castigo puede ser muy severo, y Dios no le perdonará. Está delante de Su Majestad.

—Eminencia, le estoy contando toda la verdad. ¿Por qué tendría que mentirle? Yo no tengo nada que ocultar. El Obispo era mi mentor, pensaba enviarme a Roma, y ahora no sé qué será de mi futuro. Para mí era un padre.

—No se preocupe por ese futuro, ya nos encargaremos otros de ayudarlo, ayúdaos vos contando la verdad. ¿Estáis mintiendo?

¿Qué es lo que no queréis contar, padre Martín? Confiad, queremos ayudaros, nos tenéis que dejar.

Todos sus gestos, el temblor de sus manos, de su voz, su mirada extraviada, lo delataban. No contaba la verdad, y lo sabían.

El Inquisidor Mayor no era precisamente un tonto que estuviera en el puesto por casualidad. Su instinto para conocer a los hombres era proverbial en el reino. Su crueldad para sacar la verdad, también. El joven sacerdote no estaba bregado en conspiraciones, aunque había visto cómo su jefe las urdía constantemente. Él se limitaba a dar fe de ellas, pero nunca las ponía en práctica directamente; se mantenía un paso detrás de la línea de fuego. Los tres años que había pasado con el Obispo, junto a su juventud, no le habían permitido aprender todos los entramados de la corte, ni la política de salón, que tanto se practicaba en aquellas fechas.

—¿Cómo sé que me ayudaran? Sin el Obispo a mi lado estoy perdido, yo quiero ir a Roma con el Santo Padre.

—Pues irá a Roma, y pronto, pero no antes de que aclaremos lo que le ha pasado a Su Eminencia.

—No tengo nada más que contarles, eso es todo lo que sé. Di órdenes de que los aguaciles no dejaran salir a nadie de la posada; no sabía qué otra cosa hacer.

—Bien, muy bien. Entonces están todos los que estaban vigilados por la guardia.

—Así lo ordené, Eminencia.

—¿Puedo partir para Toledo? He de llevar el cadáver del Obispo a su palacio, preparar los funerales. Me gustaría participar en ello como último tributo al hombre que tanto me enseñó.

—¡No! Su merced no puede ir a ninguna parte, de momento se quedará en el convento de San Juan, no saldrá sin que se le autorice, y permanecerá allí hasta que se le ordene otra cosa.

—¿Estoy preso?

—¡No! ¿Cómo podía ser? Su Merced no es culpable de nada, ¿verdad Padre? Por cierto ¿qué tipo de relación tenía con Su Emi-

nencia? Parece que le quería mucho. El Obispo no era conocido precisamente por su amor a los demás.

—Nuestra relación era puramente fraternal, la de un maestro y su alumno, la de un padre y un hijo.

—Bien, ya puede marcharse. No se olvide de acudir a San Juan.

El inquisidor y sus secretarios se quedaron un momento a solas con el Rey, mientras el padre Martín salía hacia el convento de San Juan, custodiado por dos soldados y un oficial de la guardia real.

—Majestad, el padre Martín miente, sabe algo que no quiere contar, no creemos que sea culpable de la muerte del Obispo, pero está mintiendo, y pronto sabremos por qué. Dispondremos rápidamente para que salgan los inquisidores hacia la venta de *La Perdiç de Oro*, y averiguaremos lo que ha ocurrido.

—Dispongan lo necesario, descubran la verdad, es mi deseo estar informado de todo. Sean rápidos. ¿A quién tenemos para el puesto vacante?

—Con el permiso de Su Majestad, tenemos a la persona ideal, sería un gran Obispo.

—¿De quién se trata?

—Urispide de Mendoza, es presbítero en Plasencia.

—Está bien, lo estudiaremos; es sobrino suyo, creo. Ya veremos.

Necesito saber lo que ha pasado en *La Perdiç de Oro* antes de mi boda con doña Isabel.

—Majestad, solo faltan veinte días.

—Tiempo más que suficiente si no se pierde discutiendo con el Rey; discusión que, por otro lado, está perdida.

—Sí, Majestad, como ordenéis.

Don Sancho ordenó al inquisidor fiscal la investigación de lo sucedido; sin demora el Padre Crisólogo de Ledesma se puso manos a la obra, partiendo inmediatamente hacia Illescas.